

ENTRE CLÍO Y MARTE

«HISTORIA MILITAR» E «HISTORIADORES MILITARES» EN LA ARGENTINA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

BETWEEN CLIO AND MARS. "MILITARY HISTORY" AND "MILITARY HISTORIANS"
IN ARGENTINA FROM THE FIRST HALF OF THE TWENTIETH CENTURY.

Germán Soprano¹

Palabras clave

Historia Militar,
Historiadores
militares,
Oficiales,
Ejército
Argentino

Recibido
20-8-2020
Aceptado
10-2-2021

Resumen

En la Argentina de la primera mitad del siglo xx, la "historia militar" era producida y enseñada principalmente por oficiales de las Fuerzas Armadas. Por tal motivo, el monumental proyecto intelectual y editorial de la Academia Nacional de la Historia *Historia de la Nación Argentina* –dirigido por Ricardo Levene– incluyó capítulos sobre guerra y fuerzas de guerra que fueron escritos por militares. El artículo analiza qué relaciones es posible reconocer entre la formación, los perfiles y las trayectorias profesionales de esos militares –en particular, los oficiales del Ejército– y sus concepciones acerca de la "historia militar", especialmente, sus definiciones acerca de dos categorías clave en esa época: "batalla decisiva" y "aniquilamiento" del enemigo. Por último, el trabajo propone algunos diálogos entre esa tradicional "historia militar" y la renovación historiográfica sobre el estudio de la guerra actualmente en curso en el ámbito académico universitario y científico argentino.

Key words

Military History,
Military
historians,
Officers,
Argentine Army

Received
20-8-2020
Accepted
10-2-2021

Abstract

In Argentina, in the first half of the twentieth century, "military history" was produced and taught mainly by Armed Forces officers. For this reason, the monumental intellectual and editorial project of the National Academy of History *Historia de la Nación Argentina* – led by Ricardo Levene – included chapters on war and war forces that were written by military. The article discusses the relationships that can be recognized between the training, profiles and career paths of these military –in particular Army officers– and their conceptions on "military history", especially their definitions of two key categories at that time: "decisive battle" and enemy "annihilation". Finally, the work proposes some dialogues between this traditional "military history" and historiographic renewal on the war study currently underway in the Argentine academic and scientific field.

INTRODUCCIÓN

La historiografía producida y enseñada en la Argentina del siglo xxi ha demostrado un original interés por el estudio de la guerra y las fuerzas de guerra que, con ex-

1 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de La Plata, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Calle 16 n° 1108, 1900 La Plata, Argentina. C.e.: gsoprano69@gmail.com.

cepción de algunos trabajos precursores de Tulio Halperin Donghi,² reconoce antecedentes programáticos en la “nueva historia militar”, la “historia cultural de la guerra” y la “antropología histórica de la guerra” de raíz anglosajona o francesa.³ Esta renovada historiografía cultivada principalmente por académicos de universidades nacionales y del CONICET tiene escasa o nula interlocución con los “historiadores militares” tradicionalmente insertos en instituciones castrenses, universidades privadas, la Academia Nacional de la Historia, los Institutos Nacionales Sanmartiniano, Browniano y Belgraniano y el Instituto Argentino de Historia Militar. Esa escasa o nula interlocución opera también en sentido inverso.

Desde el lado de la actual renovación historiográfica parece haber un desconocimiento o escaso reconocimiento del modo de producir historia de los oficiales del Ejército Argentino autodenominados o denominados “historiadores militares” que, durante la primera mitad del siglo xx, contribuyeron al conocimiento de la historia de la guerra, los militares y otras fuerzas de guerra en el Río de la Plata / Argentina.⁴ Sus aportes versaron sobre los períodos de la colonia, la revolución y la guerra de independencia y la génesis del Estado nacional. Algunos fueron reconocidos como “historiadores” a secas e incorporados como miembros de número a la Junta de Historia y Numismática Americana, luego Academia Nacional de la Historia.⁵

El artículo tiene por objetivo corregir al menos un aspecto de la relación: la que compete al mejor conocimiento de algunos de aquellos que produjeron esa “historia militar”. Para hacerlo, me propongo trazar el perfil y trayectoria profesional militar y considerar enfoques y temas relevantes de la producción historiográfica de los oficiales del Ejército que fueron autores de capítulos de la *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta su organización definitiva en 1862)*, dirigida por Ricardo Levene y publicada entre los años 1936 y 1950 por la Junta/Academia.⁶ Se trata de un pequeño

2 Me refiero a las siguientes publicaciones de Halperin Donghi: 1978 [1968], 2002 [1972], 2005 [1982]. Para una sugestiva revisión crítica de su contribución al estudio de la guerra: Rabinovich 2014.

3 Menciono apenas algunos autores y textos clave para la renovación historiográfica argentina actual: Howard (1981), Paret (1991), van Creveld (2007 [1991]), Keegan (2014 [1993]), Horne (1997), Parker (2010 [2005]) y Audoin-Rouzeau (2008).

4 Empleo la categoría analítica “fuerzas de guerra” como se define en Garavaglia 2012 y Rabinovich 2013a para dar cuenta de actores sociales y organizaciones de guerra no exclusivamente militares o correspondientes a ejércitos regulares o de línea, sino también a milicias, guardias nacionales, montoneras, indios amigos y enemigos, mercenarios, etc.

5 La Junta de Numismática Americana tuvo sus orígenes en reuniones entre amigos, discípulos y admiradores de Bartolomé Mitre en 1892 y posteriormente se adoptó 1893 como año de fundación por corresponder a la acuñación de la primera medalla. En 1895 sus miembros cambiaron su nombre por Junta de Numismática e Historia Americana y desde 1901 ampliaron su objeto a los estudios históricos, etnográficos, arqueológicos y culturales y adoptaron el nombre de Junta de Historia y Numismática Americana. En 1936 Ricardo Levene –en ejercicio de la presidencia de la institución– propuso transformar la Junta en Academia Nacional de la Historia, propuesta que se concretó en 1938 por decreto del presidente Agustín P. Justo.

6 Ricardo Levene fue presidente de la Junta/Academia entre 1927-1931, 1934-1953 y 1955-1959.

elenco conformado por el teniente general Juan Carlos Bassi, los generales de brigada Juan Manuel Pedro Monferini y José María Sarobe y los coroneles Juan Bartolomé Beverina, Enrique Inocencio Rottjer, Leopoldo Ornstein y Emilio Santiago Francisco Loza. A tal efecto, el análisis documental comprenderá sus Legajos Personales Militares y los capítulos que escribieron para esa obra.

Dos hipótesis me orientaron al inicio de mi investigación. La primera era la de indagar si los propósitos de esa producción eran solamente historiográficos o si –como suponía– además había otros; en tal caso, determinar cuáles eran y de qué manera podía documentar esta intencionalidad plural. La segunda se relacionaba con las formas en que sus concepciones de la “historia militar” estaban vinculadas con las interpretaciones que hicieron como historiadores y como militares.

Para someter estas hipótesis a prueba, el trabajo busca responder las siguientes preguntas: ¿Qué relaciones existía entre los saberes teóricos y prácticos adquiridos por esos oficiales en su educación y carrera profesional castrense y los conocimientos que produjeron sobre “historia militar”? ¿Qué entendían por “historia militar”? ¿En qué temáticas centraron su interés en los capítulos que escribieron para la *Historia de la Nación Argentina*? Por último, el artículo finaliza proponiendo qué diálogos pueden establecerse entre esa “historia militar” y la renovación historiográfica actualmente en curso en la Argentina en los estudios sobre la guerra.

En definitiva, el artículo no tiene por objeto el estudio de la historia de la guerra y las fuerzas de guerra en el Río de la Plata dieciochesco o decimonónico, sino contribuir al conocimiento de las concepciones sobre la guerra y las fuerzas de guerra de oficiales del Ejército que se reconocían o fueron reconocidos como “historiadores militares” en la primera mitad del siglo XX, particularmente, comprendiendo el modo en que definieron las nociones de “batalla decisiva” y “aniquilamiento” del enemigo.

GUERRA Y FUERZAS DE GUERRA EN LA HISTORIA DE LA NACIÓN ARGENTINA

El diseño del monumental proyecto intelectual y editorial de la *Historia de la Nación Argentina* se produjo en el contexto de institucionalización y profesionalización de la disciplina histórica producido en la década de 1930 (Quattrocchi-Woison 1995, Cattaruzza y Eujanian 2003, Devoto y Pagano 2009). En el “Prólogo” a la primera edición de 1936, Levene sostuvo que esa vasta y ambiciosa obra –que incluyó 10 tomos en 14 volúmenes– estaba basada en una combinación de investigación erudita y científica especializada e ilustración general destinada a un público de lectores amplio.⁷ En este sentido –decía–, “la historia es una ética o filosofía social” cuya función es “educar en-

7 Los volúmenes I a IV estudiaban el período prehispánico, la conquista y la colonización hispánica y el Virreinato del Río de la Plata; los volúmenes V al VIII, desde la Revolución de 1810 hasta la organización nacional “definitiva” en 1862; y los volúmenes IX y X, la historia de las provincias. Los volúmenes IV, V, VI y VII se dividen en dos secciones.

señando a respetar lo grande y a repetir lo bueno” (Levene 1961, pp. XXV).⁸ Los autores eran especialistas en la materia objeto de sus capítulos –no necesariamente académicos de número de la Junta/Academia– motivados por un “imperativo moral”: la realización del “espíritu científico” y el “ideal de la verdad histórica” con “espíritu patriótico, con amor por la tradición y las instituciones de la Patria” (Levene 1961, pp. XXVII).

Esta concepción de la historia era compartida por los oficiales que participaron de la obra en su doble condición de historiadores y militares. Para estos últimos, sin embargo, la producción de conocimientos en “historia militar” no sólo tenía fines estrictamente historiográficos, también era considerada como una actividad intelectual relacionada con el desarrollo de saberes teóricos y prácticos que tenían implicancias en las necesidades organizacionales, educativas y profesionales castrenses al servicio de la defensa de la Nación.

La obra comprendía dimensiones económicas, políticas, culturales, militares y religiosas de la historia de la Argentina desde sus orígenes “pre” y “protohistóricos” en el período anterior a la conquista y la colonización hispánica y hasta la “organización constitucional definitiva” de los años 1853-1862.⁹ Los capítulos sobre guerra y fuerzas de guerra fueron escritos por los siguientes oficiales del Ejército:

- Juan Manuel Pedro Monferini: “La historia militar durante los siglos xvii y xviii”.
- Juan Bartolomé Beverina: “Invasiones inglesas”.
- Juan Carlos Bassi: “La expedición libertadora al Alto Perú”.
- Leopoldo Ornstein: “La expedición libertadora al Paraguay”, “La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. San Martín y la Independencia de Chile. – Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú” y “La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. La expedición libertadora al Perú”.
- Emilio Santiago Francisco Loza: “Organización militar (1811-1813)”, “Yatasto, Tucumán y Salta”, “La campaña de la Banda Oriental (1810-1813)”, “La guerra terrestre

8 La obra fue encomendada por el gobierno nacional por Ley 12.114 de 1934. En 1918, Clemente Fregeiro había presentado un proyecto para la elaboración de una Historia de la Nación Argentina y en 1927 Levene hizo otro tanto cuando asumió por primera vez como presidente de la Junta y en 1934 en su segunda presidencia. Fernando Devoto destaca que, en su segunda presidencia, Levene concretó el reconocimiento de la Junta como Academia, la publicación de la *Historia de la Nación Argentina* y la creación de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos en una “ambiciosa operación de modelar la memoria pública argentina desde una estrecha asociación con el Estado” (Devoto 2019, p. 169).

9 En este artículo todas las referencias a esta obra corresponden a la tercera edición. Conforme a las advertencias hechas en la 2ª edición (1939) y la 3ª edición (1961-1962), la obra fue reproducida sin modificaciones respecto de la edición original, si bien –como observaba la 3ª edición– algunos capítulos por entonces eran susceptibles de ser revisados y perfeccionados. Además de los oficiales del Ejército, tres oficiales de la Armada publicaron capítulos sobre guerra naval y marina de guerra: el capitán de navío Humberto Francisco Burzio, el capitán de fragata Teodoro Caillet Bois y el capitán de fragata Héctor Raúl Ratto. Sobre estos temas también escribió Benjamín Villegas Basavilbaso, que había egresado como guardiamarina de la Escuela Naval Militar en 1905 y desarrolló una breve carrera como oficial naval hasta 1911, tras lo cual hizo estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y egresó como abogado en 1915. Por último, Roberto H. Marfany –que no era militar– se ocupó de la guerra contra los indios nómades.

(1814-1815)”, “La guerra terrestre y la defensa de fronteras” y “La invasión lusitana. Artigas y la defensa de la Banda Oriental”.

- Enrique Inocencio Rottjer: “La guerra del Brasil. Las operaciones terrestres. Ituzaingó”, “Campaña de Cepeda” y “Campaña de Pavón”.
- José María Sarobe: “Campaña de Caseros. Antecedentes con referencia a la política interna y externa”.

Liderazgos militares, fuerzas de guerra, campañas, maniobras y batallas fueron comprendidas en el marco del proceso de génesis y conformación del Estado nacional y de la nación Argentina desde mediados del siglo xvii hasta la batalla de Pavón en 1861.

DE LA PROFESIÓN MILITAR A LA HISTORIA MILITAR

Desde la creación de la Junta/Academia en 1893, sus miembros establecieron estrechas y fluidas relaciones institucionales y personales con dirigentes políticos y funcionarios de la alta burocracia estatal –siendo muchos de ellos también políticos y funcionarios–. Esas relaciones –que devengaban beneficios materiales y simbólicos recíprocos– prosperaron hasta los gobiernos de Juan Domingo Perón (1946-1955), pues en estos últimos no se dio centralidad a la Academia en la construcción de una interpretación oficial sobre el pasado nacional. A su vez, entre 1953 y 1955, la Academia –como otras academias nacionales– fue intervenida por el gobierno nacional, cesando en su funcionamiento en esos años hasta su restablecimiento y el reconocimiento de su autonomía por el gobierno *de facto* de la autodenominada “Revolución Libertadora”.¹⁰

El universo de relaciones de la Junta/Academia con actores políticos y estatales incluía a miembros de las Fuerzas Armadas. Recordemos que la Junta tuvo como fundador al general Bartolomé Mitre (1893-1906) e incorporó entre sus primeros integrantes a otros dos militares: José Juan Biedma (1897-1933) y José Ignacio Garmendia (1901-1925).¹¹ En el curso de la primera mitad del siglo xx, fueron designados como miembros de número el coronel Juan Bartolomé Beverina (1921-1943), el alférez de navío Benjamín Villegas Basavilbaso (1926-1967), el general de brigada José María Sarobe (1938-1946), el general de brigada Juan Manuel Pedro Monferini (1944-1945), el capitán de fragata Jacinto R. Yaben (1945-1981), el capitán de navío Humberto Francisco Burzio (1946-1980) y el coronel Augusto Gabino Rodríguez (1955-1984).¹² A su vez, Ricardo Levene y Ricardo Caillet Bois fueron profesores en la Escuela Superior de Guerra del Ejército

10 Esa negativa relación de la Academia con el gobierno nacional en las presidencias de Perón no afectó de igual modo a todos sus miembros, pues algunos mantuvieron estrechas relaciones gubernamentales y políticas con el peronismo.

11 Entre paréntesis se indica el año de su designación como miembros de número hasta su fallecimiento. Biedma renunció en 1906 a su membresía en la Junta (Ravina 1995, p. 41).

12 Desde 1956 hasta 2019, fueron designados académicos de número: coronel Leopoldo Ornstein (1967-1973), contralmirante Laurio Hedelvio Destéfani (1971-2017), capitán de navío Guillermo Andrés Oyarzábal (2007) y general de brigada Diego Alejandro Soria (2014).

desde 1914 y 1933, respectivamente, contribuyendo con su magisterio en ese instituto castrense a la enseñanza de conocimientos históricos en el Curso de Oficiales de Estado Mayor (Girbal de Blacha 1995, p.115; Devoto y Pagano 2009, pp.152-161). También cabe destacar que el reconocimiento como Academia Nacional fue alcanzado en 1938 durante la presidencia del teniente general Agustín Pedro Justo.

Los autores de los capítulos sobre “historia militar” en la *Historia de la Nación Argentina* fueron dos oficiales –Beverina y Villegas Basavilbaso– que eran miembros numerarios de la Junta/Academia en 1936, dos fueron designados entre 1936 y 1950 –Sarobe y Monferini–, uno incorporado cuando la publicación de la obra se había completado –Ornstein– y tres nunca fueron miembros de número –Bassi, Loza y Rottjer–. La educación y el desarrollo de la carrera profesional militar de estos oficiales autodenominados o reconocidos como “historiadores militares” fueron decisivas en el modo en que ellos concibieron la “historia militar”, tanto en sus sentidos y usos historiográficos como en los militares; por ello, resulta ineludible conocer su formación, perfiles y trayectorias profesionales militares para comprenderlos mejor como historiadores o, más ampliamente, como intelectuales de Estado (Rodríguez y Soprano 2018).¹³

Juan Bartolomé Beverina nació el 24 de agosto de 1877 y falleció el 10 de julio de 1943. Miembro de la Promoción 22, ingresó al Colegio Militar de la Nación el 10 de enero de 1896 y egresó el 1º de diciembre de 1897, en el 4º orden de mérito como oficial de artillería. Sus primeros destinos fueron como alférez en el Regimiento 2 de Artillería de Montaña desplegado en Mendoza, Choele-Choel y General Roca entre 1898-1902 y en comisión en la Escuela de Clases en 1900 y en la Sección de Artillería de la Escuela Especial de Aspirantes a Oficial en 1902. Ascendió a teniente segundo en este último año. En 1903-1904, fue destinado al Regimiento 3 de Artillería de Campaña; en 1905, a la Escuela de Tiro y ese mismo año regresó al mencionado Regimiento. En 1905, ascendió a teniente primero, comenzó sus estudios en la Escuela Superior de Guerra y obtuvo el título de Oficial de Estado Mayor en 1908. Luego fue asignado al Estado Mayor del Ejército entre 1909-1910 –cumpliendo misiones en Brasil y Uruguay–. En 1909, ascendió a capitán. En 1911, fue comisionado por dos años al Ejército Alemán. A su regreso, desde mediados de 1913 prestó servicios en el Estado Mayor del Ejército y a fin de año ascendió a mayor. En 1914, fue nombrado profesor de Historia Militar y de Táctica en la Escuela Superior de Guerra y profesor de Historia Militar en el Colegio Militar de la Nación. En 1917, ascendió a teniente coronel e integró una comisión del Ejército destinada a Europa y fue agregado militar en Italia hasta 1919. En Argentina, fue jefe de Sección en la Dirección Histórica del Estado Mayor del Ejército en 1920-1922. En este último año, continuó como profesor de Historia Militar en la Escuela Superior de Guerra y, desde mediados de 1923, como miembro de la Comisión Permanente de Asuntos Históricos. En diciembre de 1925, ascendió a coronel y, hasta agosto de 1926,

13 El análisis del conjunto de la obra historiográfica de estos oficiales del Ejército excede los alcances del artículo.

fue comandante de Artillería de la 1º División de Ejército y, seguidamente, hasta junio de 1929, comandante de Artillería de la 4º División de Ejército. Sus últimos meses en actividad los transitó como vocal del Consejo de Guerra para Jefes y Oficiales. Pasó a situación de retiro efectivo como coronel el 3 de mayo de 1930. Fue reconocido como Expedicionario al Desierto.¹⁴

Juan Manuel Pedro Monferini nació el 22 de enero de 1887 y falleció el 13 de abril de 1945. Miembro de la Promoción 30, ingresó al Colegio Militar de la Nación el 24 de marzo de 1903 y egresó el 26 de diciembre de 1906, en el 7º orden de mérito como oficial de Infantería. Como subteniente, teniente (1909) y teniente primero (1912) estuvo en el Regimiento 1 de Infantería entre 1907-1909, en el Regimiento 8 de Infantería entre 1910-1912 y en comisión en la Escuela de Tiro en 1910. Entre 1913-1914, prestó servicios en el Ejército Alemán. A su regreso, fue destinado al Regimiento 7 de Infantería en 1915, al Colegio Militar de la Nación en 1916 y al Regimiento 4 de Infantería en 1917. En diciembre de 1915, ascendió a capitán. Entre 1918-1920, fue cursante en la Escuela Superior de Guerra y obtuvo el título de Oficial de Estado Mayor. En 1920, ascendió a mayor y fue asignado al Estado Mayor General del Ejército hasta fines de 1923. Entre 1924 y 1927, fue profesor de Armas y de Táctica en la Escuela Superior de Guerra. En 1925, ascendió a teniente coronel. En 1928, fue jefe del Regimiento 7 de Infantería. Entre 1929-1932, fue profesor de Historia Militar en la Escuela Superior de Guerra. En 1931, ascendió a coronel. En 1933, fue comandante de Infantería en Campo de Mayo, entre 1934-1936 estuvo en la Inspección de Infantería; en 1937-1938, en el Estado Mayor General del Ejército y, en 1939, fue comandante del Distrito Militar en La Plata. En 1938, ascendió a general de brigada. En 1940, fue director del Comando de Institutos en Campo de Mayo; en 1941, destinado al Estado Mayor General del Ejército y designado director de la Escuela Superior de Guerra hasta diciembre de 1942, cuando quedó en disponibilidad. Pasó a situación de retiro efectivo como general de brigada el 28 de septiembre de 1943.¹⁵

José María Sarobe nació el 11 de enero de 1888 y falleció el 5 de septiembre de 1946. Miembro de la Promoción 31, ingresó al Colegio Militar de la Nación el 15 de marzo de 1904 y egresó el 28 de diciembre de 1907, en el 22º orden de mérito como oficial de Infantería. Como subteniente, teniente y teniente primero estuvo destinado en el Regimiento 5 de Infantería entre 1907-1911; en la Escuela de Clases, entre 1912-1914, y como cursante en la Escuela Superior de Guerra en 1915. En este último destino, ascendió a capitán. Entre 1916-1917, estuvo en el Regimiento 13 de Infantería y, entre 1918-1919, completó su formación como Oficial de Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra –que había interrumpido a fines de 1915–. En 1920, fue asignado al Comando de la 5º División del Ejército y, desde septiembre de ese año, al Estado Mayor General del Ejército. En diciembre de 1921, ascendió a mayor. En 1923-1924, fue agregado militar en

14 Ejército Argentino. Legajo 1.833. Coronel Juan Bartolomé Beverina. Archivo General del Ejército.

15 Ejército Argentino. Legajo 8.284. Coronel Juan Manuel Monferini. Archivo General del Ejército.

el Brasil y, en 1925-1926, revistó en el Ministerio de Guerra argentino. En diciembre de este último año, ascendió a teniente coronel. En 1927-1928, fue en misión de estudios a Europa. Entre enero y octubre de 1929, quedó en situación de disponibilidad hasta que fue nombrado agregado militar en el Japón, donde permaneció hasta enero de 1932. A su regreso, en febrero de ese año, fue asignado al Estado Mayor General del Ejército y designado edecán del presidente de la Nación, el teniente general Agustín Pedro Justo. En septiembre de 1932, ascendió a coronel y pasó al Estado Mayor General del Ejército. Entre 1933-1934, fue jefe de la Casa Militar. En 1939, como general de brigada fue comandante de la 4ª División de Ejército y, desde julio de 1940 hasta julio de 1943, comandante de la 1ª Región Militar. En agosto de 1943, fue presidente del Consejo de Guerra para Jefes y Oficiales por unos pocos días, pues el 13 de agosto quedó en disponibilidad. Pasó a situación de retiro efectivo como general de brigada el 6 de octubre de 1943.¹⁶

Juan Carlos Bassi nació en el 1º de abril de 1889 y falleció el 21 de julio de 1971. Miembro de la Promoción 33, ingresó al Colegio Militar de la Nación el 24 de enero de 1907 y egresó el 31 de julio de 1909, en el 3º orden de mérito como oficial de Infantería. Como subteniente y teniente (1912), revistó, entre agosto de 1909 y mayo de 1913, en el Regimiento 17 de Infantería y, entre junio de 1913 y mayo de 1914, en el Regimiento 4 de Infantería. Luego fue destinado a la Escuela de Clases hasta marzo de 1915. En enero de ese año, ascendió a teniente primero y, desde marzo, su destino fue el Colegio Militar de la Nación. En diciembre de 1918, ascendió a capitán. Entre 1920-1922, fue cursante en la Escuela Superior de Guerra y obtuvo el título de Oficial de Estado Mayor. En diciembre de 1922, ascendió a mayor. En 1923-1924, revistó en el Estado Mayor General del Ejército y, en 1925-1926, en el Colegio Militar de la Nación. Entre 1927-1930, fue miembro de una comisión de adquisiciones del Ejército en Francia y, en diciembre de 1928, ascendió a teniente coronel. A su regreso al país, fue asignado como profesor de Historia Militar en la Escuela Superior de Guerra y, en diciembre de 1933, ascendió a coronel. Entre enero de 1935 y enero de 1939, estuvo destinado en el Ministerio de Guerra. Entre 1939-1940, fue director del Colegio Militar de la Nación. En marzo de 1941, fue comandante de la 3ª Región Militar y, desde abril, comandante de 3ª División del Ejército, ascendiendo a general de brigada en diciembre de ese año. En diciembre de 1942, fue designado comandante de la 1ª División de Ejército y, desde el 28 de junio de 1943, comandante de la 6ª Región Militar. En septiembre de ese año, pasó al Cuartel Maestre General del Interior. Entre enero y junio de 1945, fue Director General de Instrucción del Ejército y, en mayo, delegado plenipotenciario de la Argentina ante la Conferencia de las Naciones Unidas. Entre noviembre de 1945 y mayo de 1946, fue jefe del Estado Mayor General del Ejército y, desde mayo, comandante general del Interior. En diciembre de 1945, ascendió a general de división y, en mayo de 1946, a teniente general. Pasó a situación de retiro como teniente general el 29 de diciembre de 1948, pero en 1953 fue dado de alta en situación de retiro activo y el 14 de octubre de 1955 nombrado vocal

16 Ejército Argentino. Legajo 12.154. General de Brigada José María Sarobe. Archivo General del Ejército.

del Tribunal Superior de Honor que juzgó la conducta militar del teniente general Juan Domingo Perón. El 23 de diciembre de 1955 fue juez de instrucción *ad hoc* del Ejército y el 14 de agosto de 1958 pasó a retiro efectivo.¹⁷

Enrique Inocencio Rottjer nació en el 28 de julio de 1891 y falleció el 2 de noviembre de 1959. Miembro de la Promoción 33, ingresó al Colegio Militar de la Nación el 7 de marzo de 1907 y egresó el 31 de julio de 1909, en el 20° orden de mérito como oficial de Artillería. Como subteniente y teniente (1912) estuvo destinado en el Regimiento de Artillería 5 entre agosto de 1909 y julio de 1910; en el Regimiento de Artillería 2, el resto de este último año; y en el Regimiento de Artillería 1, entre 1911-1920 –con comisiones en la Escuela Superior de Guerra y en la Escuela de Tiro en 1916–. En 1914, ascendió a teniente primero y, en 1918, a capitán. Entre 1921-1923, cursó en la Escuela Superior de Guerra y obtuvo el título de Oficial de Estado Mayor. En 1923, ascendió a mayor. En 1924, estuvo en el Estado Mayor General del Ejército y fue profesor de Armas y de Historia Militar en la Escuela Superior de Guerra. Continuó como profesor en dicho instituto entre los años 1925-1930. Ascendió a teniente coronel en 1928. En 1930-1931, estuvo en el Ministerio de Guerra y, entre febrero y agosto de 1932, fue agregado militar en el Uruguay; el resto del año, jefe del Regimiento de Artillería 2. En 1933-1934, fue subdirector de la Escuela Superior de Guerra y continuó en ese instituto como profesor de Operaciones Combinadas. En diciembre de 1934, ascendió a coronel. En 1935, fue ayudante del representante del Ejército del Brasil en la Argentina y miembro de la Comisión de Estudio de la Ley del personal Militar. Entre 1936-1938, estuvo en el Estado Mayor General del Ejército como jefe de Logística, comandante de Artillería y jefe de la Plana Mayor del Cuartel Maestre General. Pasó a situación de retiro efectivo como coronel el 21 de noviembre de 1958.¹⁸

Leopoldo Ornstein nació el 24 de agosto de 1896 y falleció el 27 de julio de 1973. Miembro de la Promoción 40, ingresó al Colegio Militar de la Nación el 26 de febrero de 1913 y egresó el 21 de diciembre de 1915, en el 30° orden de mérito como oficial de Caballería. Sus primeros destinos como subteniente fueron el Regimiento 7 de Caballería, en 1916-1917, y el Regimiento de Granaderos a Caballo, en 1918-1919. En diciembre de 1918, ascendió a teniente. Sus siguientes destinos fueron la Escuela de Suboficiales, en 1920-1921, y el Regimiento 9 de Caballería, entre 1922-1924. En diciembre de 1922, ascendió a teniente primero. Entre 1925-1927, cursó en la Escuela Superior de Guerra y obtuvo el título de Oficial de Estado Mayor. En diciembre de 1926, ascendió a capitán. En 1928, fue asignado al comando de la 2ª División de Ejército en Campo de Mayo y a la Inspección de Caballería; en 1929, al Colegio Militar de la Nación; en 1930, al Estado Mayor General del Ejército; y en 1932, al Estado Mayor de la IV Brigada de Caballería. En diciembre de 1932, ascendió a mayor. En 1934, regresó al Estado Mayor General del Ejército; en 1935, se incorporó como profesor de Historia Militar y, desde 1937, como

17 Ejército Argentino. Legajo 15.199. Teniente General Juan Carlos Bassi. Archivo General del Ejército.

18 Ejército Argentino. Legajo 11.589. Coronel Enrique Inocencio Rottjer. Archivo General del Ejército.

profesor de Táctica a la Escuela Superior de Guerra. En diciembre de 1937, ascendió a teniente coronel. En 1939, fue jefe del Regimiento 4 de Caballería y, en 1940, jefe de la Sección Cursos del Comando de Institutos. En 1942, pasó al Comando de Caballería y, a fines de ese año, fue director de la Escuela de Caballería. En 1943, fue jefe de Estado Mayor de la Agrupación Patagonia y, en diciembre, quedó en disponibilidad. Entre julio de 1944 y abril de 1945, fue jefe del Distrito Militar 35, cuando pasó a situación de retiro. En 1949, fue designado profesor permanente de la Escuela Superior de Guerra –desde 1951 a cargo de Historia Militar– y, en 1950, vocal del Tribunal Especial de Honor. En enero de 1957, fue ascendido a coronel con fecha anterior –31 de diciembre de 1942–. Pasó a retiro efectivo como coronel el 10 de junio de 1960.¹⁹

Emilio Santiago Francisco Loza nació en el 4 de octubre de 1901 y falleció el 18 de junio de 1967. Miembro de la Promoción 45, ingresó al Colegio Militar de la Nación el 1º de marzo de 1917 y egresó el 16 de diciembre de 1920, en el 9º orden de mérito como oficial de Infantería. Su primer destino como subteniente –hasta julio de 1923– fue la Escuela de Tiro. En diciembre de 1923, ascendió a teniente. Luego revistó en el Regimiento 4 de Infantería hasta marzo de 1924, cuando regresó a la Escuela de Tiro, donde continuó hasta abril de 1929, para ser destinado al Regimiento 6 de Infantería hasta abril de 1930. Entre ese mes y enero de 1933, integró una comisión de adquisiciones del Ejército en Bruselas y París. En diciembre de 1931, ascendió a capitán. A su regreso a Argentina, entre enero y febrero de 1933, estuvo en el Regimiento 12 de Infantería y, desde marzo de 1933, fue cursante en la Escuela Superior de Guerra. Sin embargo, en septiembre de ese año, fue destinado a la 1º División de Ejército. Retomó y completó sus estudios en la Escuela en 1937, obteniendo el título de Oficial de Estado Mayor. Luego pasó al Regimiento 12 de Infantería hasta mayo de 1938, cuando fue destinado al comando de la 3º División de Ejército. En enero de 1939, pasó al Estado Mayor General del Ejército; ese año, ascendió a mayor. En 1940, además, fue designado profesor de Táctica en la Escuela Superior Técnica del Ejército y, desde 1941, de Servicio de Informaciones Militares. Entre noviembre de 1941 y abril de 1942, integró una comisión naval-militar argentina en los Estados Unidos. A su regreso, se reintegró en el Estado Mayor General del Ejército como jefe de la Sección Política Internacional con funciones ante el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto; también participó en una delegación argentina en el Perú. En diciembre de 1942, ascendió a teniente coronel. En noviembre de 1943, fue destinado al comando de la IV Región Militar. En 1946, fue jefe del Regimiento 29 de Infantería y, en diciembre de ese año, ascendió a coronel. En 1947, solicitó licencia y, en enero de 1948, el retiro. En abril de 1956, se le concedió el retiro activo. Su retiro efectivo como coronel se sustanció el 2 de mayo de 1960.²⁰

En suma, habiendo presentado hasta aquí muy sintéticamente sus “fojas de servicios” en el Ejército, reafirmo que los conocimientos teóricos y prácticos que estos

19 Ejército Argentino. Legajo 15.124. Coronel Leopoldo Ornstein. Archivo General del Ejército.

20 Ejército Argentino. Legajo 14.810. Coronel Emilio Santiago Francisco Loza. Archivo General del Ejército.

“historiadores militares” poseían acerca de la guerra y las fuerzas de guerra estaban informados por los saberes y las experiencias profesionales que adquirieron y desarrollaron en el curso de su formación y carrera como oficiales, tanto en institutos educativos castrenses como en unidades operativas, en diversos comandos y comisiones al exterior. No es posible, entonces, desconsiderar en nuestro análisis el modo en que sus formaciones, perfiles y trayectorias profesionales como militares incidieron en las formas en que concibieron la “historia militar”, en particular en cuanto a sus relaciones con la formación de conductores de guerra.

LA «HISTORIA MILITAR» Y EL «ARTE DE LA GUERRA»

En *De la guerra*, Clausewitz definió los saberes teóricos y prácticos sobre conducción de la guerra como un “arte”, si bien informados por conocimientos científicos; en tanto “arte”, era una actividad intelectual libre y creativa que el conductor militar comprometía en situaciones concretas. La “historia militar” integraba el repertorio de saberes que contribuían a la formación del “genio bélico” o el “genio militar”. No obstante, ese conocimiento –que ofrecía un conjunto diverso de experiencias bélicas de la historia de la humanidad– debía “educar el espíritu del futuro general o más bien guiarle en su propia educación, pero no acompañarle al campo de batalla” (Clausewitz 2005, p. 96). Esta última aclaración era importante, pues el conductor militar se servía de la “experiencia de otros”, pero en las contingencias del campo de batalla debía tomar sus propias decisiones.

La “educación del espíritu” de los conductores de guerra en los ejércitos no contravenía la educación doctrinaria en las academias militares; por el contrario, ambos esfuerzos debían complementarse. Las creaciones de los Estados Mayores en los ejércitos occidentales, a fines del siglo XVIII, y de las academias de guerra, a principios del siglo XIX, fueron hitos en la definición de la conducción militar moderna y contemporánea. Las organizaciones militares permanentes en el Río de la Plata durante el proceso de revolución y guerra de independencia y en la formación y consolidación del Estado nacional contaban con Estados Mayores. Pero sólo en la primera mitad del siglo XX se fundaron academias para oficiales de Estado Mayor: la Escuela Superior de Guerra del Ejército (1900), la Escuela de Guerra Naval (1934) y la Escuela Superior de Guerra Aérea (1944). Los oficiales del Ejército –con el grado de teniente primero y capitán– efectuaban estudios en “historia militar” en esas academias. Ésta era considerada un importante recurso de conducción militar o conducción de guerra. Y como sucedía entre los oficiales de otros países, las figuras de Federico el Grande, Napoleón Bonaparte, Carl von Clausewitz, Helmuth von Moltke, Alfred von Schlieffen, Ferdinand Foch –entre otros– definían un canon de grandes estrategias o conductores para los oficiales argentinos en la primera mitad del siglo XX.

Es que la “historia militar” tenía para los oficiales un sentido pragmático y pedagógico: proveía conocimientos teóricos y prácticos a los conductores militares y de guerra

que resultaba imposible reunir por medio de la propia experiencia en el curso de una vida, porque no todos los oficiales tenían oportunidad de participar en una guerra y porque ese repertorio excedía los estudios exclusivamente anclados en las guerras contemporáneas. Los conocimientos históricos en la formación de un oficial estaban definidos o eran interpretados conforme a la doctrina vigente, pues una organización militar no podía dejar librada la preparación intelectual de sus miembros exclusivamente a su iniciativa y arbitrio individual. La doctrina era plasmada por la conducción superior militar en reglamentos que prescribían cómo debía ser la conducción estratégica, operativa y táctica. Pero los conocimientos adquiridos doctrinariamente eran necesariamente rígidos, escolásticos, dogmáticos. De allí que el estudio de la “historia militar” debía proveer a los oficiales de recursos intelectuales para comprender las adecuaciones que cabía hacer en la doctrina para afrontar una situación bélica particular, tanto a aquellos oficiales que se desempeñaban como conductores o asesores en organizaciones en el nivel estratégico (brigada, división o cuerpo de ejército) o en el nivel táctico (una unidad operativa o un elemento de esta última).

En abril de 1953, el coronel Leopoldo Ornstein concluyó *El Estudio de la Historia Militar (Bases para una metodología)*. El libro era el resultado de sus estudios e investigaciones sobre “historia militar” y su experiencia como oficial del Ejército y profesor de “historia militar” en la Escuela Superior de Guerra. El texto era una contribución al conocimiento de ese campo de la disciplina histórica y, en particular, a la formación de los oficiales como conductores militares o conductores de guerra. Prueba de esto último fue su publicación en la prestigiosa y ampliamente conocida colección de la “Biblioteca del Oficial” del Círculo Militar –volumen 461 de mayo de 1957–, cuyas obras los oficiales consultaban en bibliotecas de institutos o las adquirían individualmente como socios de esa asociación militar, por suscripción o compra.²¹ Ornstein (1957) sostenía que la “historia militar” ofrecía “conclusiones”, “enseñanzas” y “experiencias” y habilitaba al analista a formular un “juicio crítico” sobre las decisiones de los conductores militares del pasado. Veamos con más detalle cómo definía esas cuatro categorías que caracterizaban su concepción sobre la “historia militar” y sus implicancias pedagógicas y pragmáticas para los oficiales.

Las “conclusiones” eran conocimientos teóricos o prácticos producidos sobre un fenómeno particular –campana, maniobra o batalla– en el que se reconocían relaciones de causalidad entre ciertas decisiones tomadas por los conductores de guerra en diferentes niveles –estratégico, operacional, táctico–, determinados hechos y sus consecuencias. El conocimiento extraído de una “conclusión” era siempre limitado, pues

21 La colección de la Biblioteca del Oficial publicó, en 1922, *De la guerra* de Carl von Clausewitz en cuatro tomos (volumen 42) que –de acuerdo con Fernández Vega (2005, p. 335)– se corresponde con la quinta edición alemana publicada en 1905 con prólogo de Alfred von Schlieffen –por entonces jefe del Estado Mayor del ejército alemán– incluyendo sólo los libros I, II y III. Como observa Cornut (2018, p.95), la Biblioteca del Oficial completó la edición de *De la guerra* con la publicación de los libros IV y V en 1943 (volumen 290), libro VI en 1969 (volumen 602) y libros VII y VIII en 1970 (volumen 603).

no era generalizable como guía u orientación para la toma de decisiones en cualquier circunstancia. Las “enseñanzas”, por el contrario, eran resultado de la comparación sistemática de hechos históricos semejantes en los que causas y efectos se repetían; por ende, era pasible deducir de ellas unos principios de conducción aplicables a otros casos o situaciones similares. De este modo, una “conclusión” solo excepcionalmente era incorporada a la doctrina militar, en tanto una “enseñanza” estaba potencialmente en condiciones de ser integrada a reglamentos militares.

Ahora bien, siguiendo a Clausewitz, Ornstein consideraba que el conductor militar no podía hacer un uso dogmático de las reglas de conducción, esto es, servirse de ellas sin adecuarlas a realidades bélicas particulares; por ello, entendía que la sola enseñanza técnica de la conducción militar en los institutos castrenses acababa creando “mentalidades rígidas, poco apropiadas a afrontar los acontecimientos reales que presentan los conflictos armados” (Ornstein 1957, pp. 134-135). La adaptación de la doctrina no podía enseñarse por medio de ningún manual o reglamento militar, pues las reglas se aplicaban siempre conforme a una determinada situación, enemigo y terreno. La “experiencia”, entonces, no formaba parte de la técnica de conducción –como si lo eran las “enseñanzas” y “conclusiones”–, sino de la formación subjetiva del conductor militar, de su capacidad reflexiva para aplicar saberes en circunstancias bélicas determinadas en las que debía tomar decisiones –sumido en las incertezas de la guerra– para alcanzar objetivos que acarrearían potenciales o efectivas consecuencias vitales para él, sus subalternos y otras personas –enemigos o no combatientes–.

El conocimiento de la “historia militar”, por último, habilitaba a formular un “juicio crítico” sobre las decisiones estratégicas, operacionales y tácticas hechas por los conductores de guerra en el pasado o el presente. Esto suponía un ejercicio especulativo o de discernimiento entre “lo bien y lo mal aplicado”, producir una confrontación entre “lo hecho” y lo prescripto por la “teoría” y, en definitiva, determinar “cómo se debió haber procedido en esa eventualidad” (Ornstein 1957, p. 118). Esta tarea excedía la descripción y el análisis de los hechos, pues exigía al oficial o “historiador militar” una evaluación subjetiva –pero objetivamente informada– sobre aquello que debería haberse decidido y hecho en tales o cuales circunstancias. Por ende, la formulación de un “juicio crítico” tenía un fin eminentemente pedagógico y pragmático.

Hasta aquí el conocimiento obtenido de la “historia militar” potenciaba las capacidades del conductor de guerra. Pero el saber histórico podía ser erigido en un dogma y acarrear consecuencias negativas. Ornstein mencionaba un caso paradigmático sobre ese empleo erróneo de la “historia militar” en los medios castrenses: el recurso pretendidamente universal a la maniobra de Aníbal para enfrentar las legiones romanas en la batalla de Cannas en el 216 a. C. Ese mal uso, que en este caso erigía el “aferramiento frontal” combinado con el “doble envolvimiento” como garantía de la victoria en una “batalla decisiva” con el “aniquilamiento” del enemigo, campeaba en el Ejército Argentino desde principios del siglo xx por influencia del modelo militar germano. Así pues, para Alfred von Schlieffen, la maniobra de Cannas permitía invariablemente

alcanzar una victoria decisiva; por ello, en 1905 presentó el denominado “Plan Schlieffen” con el que Alemania afrontó la Primera Guerra Mundial sobre la base de una rápida ofensiva a ultranza que produciría un cerco en el frente occidental, aplastando a Francia antes que Rusia pudiera movilizarse en el frente oriental.²² Sin embargo, Ornstein consideraba que en la “historia militar” nada era invariable ni universal, pues existían ejemplos históricos en los que la maniobra de Cannas se había mostrado efectiva –Sedán (1870), Tanneberg (1914), Chacabuco (1817)– y otros que demostraban lo contrario –Timbrea (546 o 547 a. C.), Austerlitz (1805) y el Frente Occidental alemán en la Primera Guerra Mundial–.²³ En estos últimos casos, la maniobra de cerco había sido neutralizada por el enemigo y, por ende, se constataba que no arrojaba la victoria en cualquier circunstancia, entre otros motivos, porque en la guerra siempre intervenía la voluntad del oponente.²⁴

Para los conductores militares o conductores de guerra, la interpretación e instrumentalización de estas categorías analíticas de la “historia militar” –“conclusión”, “enseñanza”, “experiencia” y “juicio crítico”– era un asunto no sólo teórico, sino práctico. No se trataba de un ejercicio puramente intelectual o académico, como bien podía ser para un “historiador” a secas. A su vez, para los oficiales autodefinidos o reconocidos

22 Sobre la influencia germana en el Ejército Argentino desde principios del siglo xx remito a: García Molina 2010, Dick 2014 y Cornut 2018. Éste último señala que la influencia del “Plan Schlieffen” –y concepciones similares de Helmuth von Moltke y Wilhelm Leopold Colmar von der Goltz– entre los oficiales argentinos se debió, además, a que aquellos homologaban la situación geopolítica de Alemania –con un frente en el oeste contra Francia y otro en el este contra Rusia– y de la Argentina –entre Chile y Brasil–.

23 Ornstein (1957) decía el Ejército Argentino había aceptado literalmente y sin mayor análisis la doctrina schlieffeniana. Paradójicamente, Schlieffen se reconocía heredero de Clausewitz, quien, por el contrario, consideraba que el “arte de la guerra” no era una ciencia exacta toda vez que refería a una confrontación entre voluntades. Hernán Cornut sostiene que –conforme a la influencia y mediación del modelo castrense germano en el Ejército– entre los oficiales argentinos predominó una apropiación dogmática del pensamiento clausewitziano como “doctrina” antes que como una “teoría” que debía ser adecuada situacionalmente mediante el talento y la experiencia del conductor militar. De esta manera, Clausewitz fue interpretado por los oficiales argentinos –por lecturas directas o por comentaristas– fundamentalmente a través de Wilhelm Leopold Colmar von del Goltz en *La nación en armas* –publicado por la Biblioteca del Oficial en dos tomos en 1927 y 1930, respectivamente– o por el mencionado prólogo de Schlieffen a *De la guerra* (Cornut 2018, p. 95).

24 Keegan se desempeñó como profesor en la Royal Military Academy de Sandhurst y reflexionó sobre las tensiones existentes entre la “historia militar del Estado Mayor” y la historia del “historiador de formación universitaria”. De la primera decía que adquirió frecuentemente un formato “particularmente anticuado y didáctico” que tiene por objeto demostrar que “todas las batallas se ajustan a un modelo de entre siete u ocho: batalla de encuentro, batalla de desgaste, batalla de envolvimiento, batalla de ruptura, etcétera” ([1976] 2013, p. 19). En cambio, la historiografía académica “no puede aportar más que unos fundamentos inestables”, pues tiene por propósito científico reconocer diferencias y particularidades y no puede aceptar –como suele escribirse “en el típico texto de *Historia militar de Aníbal a Hitler*”– que “la batalla de Cannas (año 216 a. de C.), la de Ramillies (año 1706), y menos a aún la de Bolsa de Falaise (1944), se presenten como batallas del mismo tipo porque todas acabaron con el cerco de un ejército por el otro”, es decir, como si “el vencedor siguiera en cada caso las reglas de alguna Lógica Suprema de la Guerra de carácter universal” ([1976] 2013, p. 19).

como “historiadores militares”, su quehacer como historiadores involucraba esfuerzos, compromisos y desafíos que no eran propios o demandados a los historiadores “civiles”; como militares debían determinar qué enseñanzas podían ser incorporadas a la doctrina a través de reglamentos y manuales castrenses y contribuir a la formación de otros oficiales. En consecuencia, el contenido de los capítulos que escribieron para la *Historia de la Nación Argentina* no puede ser interpretado sólo como un aporte al estudio de la construcción del Estado nacional y la Nación argentina. Para estos oficiales del Ejército, la “historia militar” también era un saber teórico y práctico destinado a obtener “conclusiones”, “enseñanzas” y “experiencias” de guerra y para ejercitar el “juicio crítico” en relación con las decisiones tomadas por destacados conductores de guerra en la historia del Río de la Plata y la Argentina. De este modo, sus investigaciones históricas coadyuvaban a la fundación de una tradición militar e historiográfica nacional basada en liderazgos, fuerzas de guerra y guerras “argentinas” y a su inscripción en la historia militar y de la guerra de la humanidad.

Por último, coincido con Gabriel Di Meglio (2007) en que la interpretación de Bartolomé Mitre sobre la “guerra de la independencia” –objetivada en su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (con diferentes ediciones publicadas en 1857-1858, 1876 y 1887) y en la *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (1888)– ejerció una influencia paradigmática entre estos “historiadores militares”.²⁵ No obstante, aquí me interesa destacar una cuestión más específica: los sentidos y usos que hicieron de dos categorías clave de la “historia militar” de la primera mitad del siglo xx: “batalla decisiva” o “principal” y “aniquilamiento” del enemigo.²⁶

25 Para Di Meglio esa matriz “se mantuvo como eje de la historiografía militar en general y de la del período independentista en particular durante décadas. Es decir, los estudios de la guerra de la independencia quedaron limitados a sus aspectos operacionales y técnicos; la interpretación de sus causas y consecuencias en el terreno no militar, su interacción con otros temas del pasado –las decisiones políticas, la sociedad que llevó adelante el conflicto– quedaron prácticamente en manos de otros historiadores, que a su vez en virtud de esta división del trabajo no incursionaban en la parte bélica (algo similar sucedió hasta hace relativamente poco con la historia eclesiástica). Esto relegó el conocimiento de la guerra a un compartimento estanco que al no entrar en las discusiones centrales de la historiografía argentina podía ser tratada invariablemente a lo largo del tiempo. Un siglo después de la última edición de la *Historia de Belgrano* el legado de Mitre seguía inalterable en cuanto a sus consideraciones militares” (Di Meglio 2007, p. 31). Por su parte, Darío Barrera (2019) analizó la historia de esas compartimentaciones, concepciones apriorísticas y desconfianzas mutuas entre la “historia del derecho” y la “historia social y cultural de la justicia”, así como sus efectivas y potenciales intersecciones en una “historia de la justicia” en la Argentina de las últimas décadas.

26 Estas dos categorías no agotan la agenda de temas que puede explorarse en relación con los sentidos y usos de la “historia militar” entre estos “historiadores militares”. He explorado otros cuatro temas en el curso de esta investigación que excluyo por razones de espacio: 1) la subordinación (eventualmente la desobediencia) de los jefes militares o los comandantes de teatro de guerra o teatro de operaciones a los responsables de la conducción o la dirección política de la guerra; 2) el diseño de concepciones estratégicas de la defensa, la seguridad internacional y de las fuerzas de guerra militares y milicianas; 3) las relaciones entre las concepciones y prácticas de la guerra convencional y la pequeña guerra; 4) el reclutamiento e instrucción del personal militar y miliciano y el alistamiento de esas fuerzas de guerra.

LA «BATALLA DECISIVA» O «PRINCIPAL» Y EL «ANIQUILAMIENTO» DEL ENEMIGO

Clausewitz definió la guerra como un duelo entre voluntades confrontándose por medio de la fuerza –efectiva o potencialmente ofrecida– para hacer valer fines políticos, pues la guerra “no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios” (Clausewitz 2005, p. 7). En consecuencia, la “batalla decisiva” o “principal” era aquella en la que se concentraba el “centro de gravedad” de la guerra, es decir, en la que se buscaba la decisión o imposición de una voluntad sobre otra mediante el “aniquilamiento” físico o moral de la voluntad de combate del enemigo con el objetivo de alcanzar ciertos objetivos políticos (Clausewitz 2005, pp. 144-223-233).

Ahora bien, como sostuve anteriormente, siguiendo a Hernán Cornut (2018), las interpretaciones sobre las ideas de Clausewitz fueron predominantemente apropiadas por los oficiales argentinos mediante resignificaciones producidas por sus exégetas germanos desde la Guerra Austro-Prusiana (1866) y la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871) hasta la Segunda Guerra Mundial. Una de esas resignificaciones fue la consideración de la ofensiva a ultranza como condición necesaria y excluyente para alcanzar la “batalla decisiva” y el “aniquilamiento” del enemigo, conforme las perspectivas de Alfred von Schlieffen, Wilhelm Leopold Colmar von der Goltz, Friedrich von Bernhardi y Erich Ludendorff, entre otros. El empleo de dichas categorías no era nuevo en el pensamiento militar Occidental. La innovación producida por estos conductores de guerra germanos –como recuerda Vigo (2005)– estaba relacionada con el sentido otorgado a ellas: presuponer que la ofensiva a ultranza era el único medio válido para alcanzar la “batalla decisiva” y el “aniquilamiento”. A su vez, Cornut concluye que la interpretación germana de esas categorías desanclaba el cumplimiento de los objetivos militares de la guerra respecto de los objetivos impuestos al instrumento militar por la política y, en consecuencia, asumía que sólo la destrucción del enemigo y la conquista de su territorio otorgaba sentido y efectividad a la victoria bélica (2018, pp. 97-98).

Veamos, entonces, cómo los “historiadores militares” se sirvieron de las nociones de “batalla decisiva” y “aniquilamiento” en los “juicios críticos” de sus capítulos de la *Historia de la Nación Argentina*.

El 20 de junio de 1811, el Ejército Auxiliar del Perú fue derrotado en la batalla de Huaqui. El detonante de la derrota de los primeros fue el pánico producido entre efectivos “revolucionarios” –tanto oficiales como tropa– a poco de iniciado el combate.²⁷ Esta batalla fue analizada por Juan Carlos Bassi en el capítulo “La expedición libertadora al Alto Perú”. Su “juicio crítico” sobre esa derrota se centraba, particularmente, en los problemas en la conducción superior y en los mandos intermedios, en la instrucción y disciplina de la tropa, y en el aprestamiento de las unidades del ejército. Bassi asumía, como presupuestos tácitos, que una fuerza de guerra necesita de una conducción superior legítima y competente, cabeza de una organización militar o miliciana jerár-

27 Para un estudio histórico exhaustivo y original sobre la batalla de Huaqui: Rabinovich (2017a).

quicamento constituida y basada en los principios de mando, obediencia y disciplina. Aquellos presupuestos del “arte de la conducción” –entendía– estaban ausentes o débilmente presentes en esa fuerza rápidamente conformada por la Junta de Buenos Aires para garantizar los apoyos a la “revolución” y enfrentar las fuerzas “realistas” en el Alto Perú.

El “juicio crítico” de Bassi, naturalmente, cargaba las tintas en la deficiente *performance* de las fuerzas “patriotas”, pero no omitió cuestionamientos al comando del ejército “realista” por no haber obtenido una victoria decisiva, pues a pesar del profundo efecto negativo que esa batalla tuvo sobre las capacidades materiales y cohesión moral del ejército “patriota”, en definitiva, la voluntad de lucha de este último no fue aniquilada. En Huaqui, ese error de los “realistas” se evidenció cuando su ejército permaneció inactivo “en momentos en que el grueso de las fuerzas patriotas se encontraban en situación de verdadera crisis” (Bassi 1961, p. 180). De tal modo, la victoria sólo se habría alcanzado en una “batalla decisiva” que concluía con el “aniquilamiento” –físico o moral– de la voluntad de combate del enemigo.

En el capítulo “La expedición libertadora al Paraguay” de Leopoldo Ornstein, el concepto de “batalla decisiva” y “aniquilamiento” también fue objeto de análisis. Recordemos que, con la partida del Ejército Auxiliar del Perú hacia Córdoba a principios de julio de 1810, la Junta de Buenos Aires decidió alistar una nueva fuerza de guerra para enviar a Montevideo, que se había manifestado en contra del gobierno porteño y había reconocido la autoridad del Consejo de Regencia de la Península. El 4 de septiembre de 1810, Manuel Belgrano fue nombrado comandante de esa fuerza y se le otorgaron los despachos de general. Sin embargo, la decisión del gobernador del Paraguay, Bernardo de Velasco, de no acatar la autoridad de la Junta motivó un cambio: la Junta ordenó a Belgrano dirigirse hacia el Paraguay. Cuando éste comenzó a operar en territorio paraguayo, Velasco resolvió atraerlo hacia el interior del país, negándole recursos en su avance hacia Asunción y disponiendo el grueso de sus efectivos sobre la línea del río Paraguay. El encuentro entre los dos ejércitos se produjo en cerro Mbaé, el 19 de enero de 1811, en la batalla de Paraguarí. Ornstein concluyó que ninguno de los contendientes obtuvo una victoria decisiva porque ambos cometieron errores: “El combate había terminado sin decisión de parte de ambos adversarios, por cuanto, si Belgrano fue rechazado, en cambio Velazco [sic] no se atrevió a contrarrestar y lo dejó retirarse libremente” (Ornstein 1961, p. 194).

De tal modo, Belgrano ordenó la retirada hasta lograr fortificarse, recibir refuerzos y continuar con la labor de propaganda revolucionaria sobre la población local, desandando el camino hacia Candelaria hasta la línea del río Tacuarí. Las fuerzas paraguayas lo siguieron limitándose a observar sus movimientos. En Tacuarí –decía Ornstein– Belgrano cometió un nuevo error de conducción: dispersó sus fuerzas en vez de reunir las. El 9 de marzo de 1811, su ejército fue sorprendido por el ataque enemigo desde tres direcciones. En la batalla, “el extraordinario valor de los soldados de Buenos Aires se impuso a la aplastante superioridad numérica paraguaya, estableciéndose así una si-

tuación de equilibrio” (Ornstein 1961, p. 200). Pero, una vez más, las fuerzas beligerantes no alcanzaron el aniquilamiento de la voluntad de combate del enemigo y, por tanto, ninguno obtuvo la victoria en una “batalla decisiva”. Belgrano inició negociaciones para lograr un armisticio por el cual se acordó que el ejército expedicionario se retiraría del territorio paraguayo a la margen sur del río Paraná.²⁸

Belgrano tampoco se hizo con la victoria en una “batalla decisiva” en Tucumán el 24 y 25 de septiembre de 1812. En el capítulo “Yatasto, Tucumán y Salta”, Emilio Santiago Francisco Loza observaba que el jefe “realista”, Juan Pío Tristán, tras la derrota en la batalla de Tucumán, se replegó hacia Salta con la mayor parte de su ejército. Belgrano ordenó su persecución con fuerzas reducidas y esto lo obligó a buscar una nueva “batalla decisiva” en Salta (Loza 1961, p. 513). Sin embargo, y a diferencia de las críticas que formulara Ornstein a su desempeño en la campaña del Paraguay, Loza entendía que Belgrano había obrado de ese modo porque era consciente que su ejército no se encontraba –por el número de efectivos y por instrucción– en condiciones de “buscar una decisión” o “aniquilar” a su enemigo. Y agregaba que, para perseguir al enemigo hacia el norte y enfrentarlo en una “batalla decisiva”, necesitaba órdenes especiales del gobierno de Buenos Aires, es decir, órdenes impartidas por la “dirección de la guerra”. De este modo, todo lo que podía hacer el jefe “patriota” era reestablecer un estrecho contacto, para colocarse a la defensiva estratégica y realizar una retirada agresiva en caso de que el enemigo consumara una nueva invasión (Loza 1961, p. 515).²⁹

Dejemos la campaña del Norte y vayamos a la conducida por San Martín en Chile. En ésta también se presentaron problemas para obtener la victoria en una “batalla decisiva” que asegurara el “aniquilamiento” de las fuerzas “realistas”. El capítulo “La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. San Martín y la Independencia de Chile. Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú”, escrito por Ornstein, se abre con un “juicio crítico” que, por un lado, constataba la inviabilidad de las ofensivas desde el Alto Perú –que culminaron con las derrotas de Huaqui, Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe–; y, por otro lado, efectuaba una evaluación positiva de la ofensiva estratégica sanmartiniana sobre el Virreinato del Perú desplegada en dos etapas, la primera destinada a liberar a Chile cruzando un ejército por la Cordillera de los Andes y la segunda embarcando el ejército en una flota hasta Lima. Me detendré aquí en el “juicio crítico” formulado en relación con la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817). Por un lado, Ornstein inscribió a San Martín entre los grandes “genios militares” de la historia de la humanidad y homologó su maniobra en Chacabuco con el doble envolvimiento de Cannas –recordemos, considerado en la doctrina militar y en el sentido

28 Si el “juicio crítico” de Ornstein, en definitiva, acababa ponderando positivamente el desempeño de Belgrano –ese “general improvisado”, decía– en la campaña del Paraguay, por el contrario, el juicio de sus contemporáneos resultó ser más severo, como demuestran los procesos judiciales a los que fue sometido tras dicha campaña y después de las derrotas militares en el Alto Perú de 1813 (Polastrelli 2020).

29 Alejandro Morea ha estudiado sistemáticamente la composición y las campañas del Ejército Auxiliar del Perú. Para un análisis de síntesis: Morea 2017.

común castrense de la época como el camino directo hacia la victoria decisiva con el aniquilamiento del enemigo—:

En su faz técnica, fue la lógica consecuencia de una admirable concepción estratégica, modelada en el más puro clasicismo militar, al estilo de Aníbal, Federico el Grande y Napoleón, y cuya característica esencial radica en la conducción armónica de las fuerzas para llevarlas a la batalla decisiva, mediante una maniobra de doble envolvimiento. (Ornstein 1962a, p. 58)

Sin embargo, continuaba Ornstein, el esperado aniquilamiento del enemigo no se obtuvo porque San Martín cometió un error: dejó inconclusa la maniobra cuando interrumpió la persecución de los realistas.

El hecho de no haber llevado a fondo dicha persecución, hasta obtener el total aniquilamiento del adversario, habría de repercutir, bien pronto, en la prosecución del plan continental. Solo el excesivo cansancio de una tropa que combatió todo el día, sin haber dormido la víspera por haber marchado durante la noche, es atribuible esta omisión, pues no puede argumentarse una imprevisión del generalísimo patriota, cuando se comprueba que, en un oficio elevado al gobierno de Buenos Aires seis meses antes expresaba [...] ‘nuestras fuerzas reunidas deben cargar al enemigo, hasta deshacerlo en la primera acción y tomar la capital, *para huir al gravísimo inconveniente de demorar la guerra*’. Al no cumplirse este propósito, no se pudo evitar el ‘gravísimo inconveniente’ señalado. (Ornstein 1962a, p. 58)

De este modo, por un lado, San Martín se había servido del doble envolvimiento, como Aníbal en Cannas procurando asegurarse el triunfo en una “batalla decisiva”, al emplear una maniobra canónica; pero, por otro lado, no había alcanzado una victoria decisiva porque no obtuvo el aniquilamiento de las fuerzas “realistas”. Estas últimas se dirigieron hacia el sur de Chile aprovechando la “momentánea inactividad del ejército patriota” y desde allí continuaron oponiéndose (Ornstein 1962a, p. 59).³⁰ Entonces se produjo la derrota en Cancha Rayada, el 16 de marzo de 1818, cuando San Martín fue sorprendido mientras efectuaba un cambio de último momento en el dispositivo de sus fuerzas. Pero el general “realista” Mariano Osorio también cometió el error de dejar que la fuerza enemiga se retirara sin ser perseguida, es decir, sin ser “aniquilada” (Ornstein 1962a, pp. 91-93). A consecuencia de ese error, San Martín pudo reorganizar su ejército y esperar el avance enemigo hacia el norte para enfrentarlo en una “batalla decisiva” en Maipú (5 de abril de 1818). El Libertador dispuso sus fuerzas en un dispositivo que impedía el paso a las fuerzas “realistas” hacia Santiago y Valparaíso. Osorio advirtió que no podía eludir el combate y dirigió sus fuerzas hacia las casas de la hacienda Lo Espejo, pero cuando alcanzó los cerrillos de Errázuriz se detuvo. San Martín —decía Ornstein— fue consciente del error táctico cometido por el enemigo e impartió la orden de ataque ante un enemigo que optó por una “actitud defensiva vacilante” (Ornstein 1962, p. 101). El jefe “patriota” advirtió “en un solo golpe de vista” el punto débil del dispositivo adversario situado en su flanco sudeste y ordenó el ataque antes que

30 Sobre las dificultades que encontró San Martín para concretar su plan continental y sus consecuencias políticas y militares en los teatros de operaciones del Pacífico, el Alto Perú y el Litoral y la Banda Oriental: Bragioni 2010 y 2019 y Rabinovich 2016 y 2017 —entre otros trabajos de ambos autores—.

el enemigo “pudiese reparar su error” (Ornstein 1962a, p. 102). La batalla concluyó con la victoria de los “patriotas”. En su “juicio crítico” destacó las consecuencias políticas y militares ventajosas alcanzadas; pero entre los errores cometidos contabilizó no haber “aniquilado” a los “realistas” (Ornstein 1962, pp. 105-106).

Ahora bien, no sólo los comandantes de la guerra de independencia ocasionalmente incurrieron en el error de no alcanzar la “batalla decisiva” y no “aniquilar” al enemigo; en el curso de las “guerras civiles argentinas” sucedió otro tanto.³¹ En el capítulo “Campaña de Caseros. Antecedentes con referencia a la política interna y externa”, José María Sarobe abordaba esa campaña de los “ejércitos de la alianza libertadora” en la Banda Oriental y en la provincia de Buenos Aires. Me ocuparé aquí solo de aspectos del “juicio crítico” relacionados con esta última.³²

Cuando el Ejército de Urquiza se concentró en Diamante después de su campaña victoriosa en la Banda Oriental, Sarobe entendía que Rosas pareció “no haber comprendido la gravedad de la situación” y mantuvo a sus fuerzas inertes y dejando la iniciativa a sus adversarios, aun cuando contaba con fuerzas suficientes para enfrentarlos. Él –decía Sarobe– debería haber salido al encuentro del ejército enemigo para buscar la decisión, pero erróneamente no lo hizo, quizá confiando en la enorme popularidad que tenía en la ciudad y en la campaña de Buenos Aires (Sarobe 1962, pp. 467-468). El 17 de enero de 1852, el grueso del ejército “libertador” llegó a Arroyo del Medio. Aquello suscitó un nuevo “juicio crítico” por la persistente actitud pasiva de Rosas y no buscar ofensivamente una “batalla decisiva”. Decía:

Su escaso dominio del arte miliar tampoco le permitió advertir la conveniencia de librar la acción decisiva de la campaña manteniendo al enemigo lo más alejado que fuera posible de Buenos Aires, dado que una derrota en las proximidades de la ciudad significaba arriesgar de una sola vez, y sin esperanzas de una vuelta de la fortuna, la suerte del ejército y el destino de la capital, dentro del poder político y militar [...] Manteniendo el dictador el cuerpo de batalla inmovilizado en los arrabales de Buenos Aires, ligaba los movimientos de las divisiones avanzadas a un punto fijo, lo cual restringía la libertad de acción de Pacheco y, por consiguiente, también la de Lagos. Al disponer las operaciones de este modo, Rosas había tenido en cuenta, más que las ventajas militares deducidas del examen lógico de la situación, el deseo de no desprenderse del núcleo aguerrido de su ejército, porque sospechaba de la lealtad de sus jefes inmediatos [...] ello fue una de las causas principales de su ruina. (Sarobe 1962, pp. 472-473-474)

Finalmente, Rosas decidió ir en pos de la “batalla decisiva” en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires. Sus fuerzas, al mando de Ángel Pacheco, Hilario Lagos y Juan José Pascual Echagüe, se retiraron en dirección de la ciudad eludiendo el combate. El 31 de enero, se produjeron enfrentamientos en los campos de Álvarez entre la vanguardia del ejército de Urquiza y la caballería de Lagos, que culminaron con la derrota y la dispersión

31 Para un análisis desde la “historia militar” producida recientemente sobre el teatro de guerra y los teatros de operaciones y las batallas en la guerra de independencia: Goyret 2000a y 200b, Ruiz Moreno 2005, Camogli 2005, De Marco et al. 2013. Sobre las campañas y batallas de las “guerras civiles”: Ruiz Moreno 2006.

32 En el “juicio crítico” sobre la campaña en la Banda Oriental, Sarobe concluía que Rosas y Oribe resultaron derrotados porque erróneamente optaron por una defensa pasiva y no buscaron la decisión en una batalla contra las fuerzas aliadas; en consecuencia, sus fuerzas fueron aniquiladas física y, sobre todo, moralmente.

de las fuerzas de este último en proximidades del río de las Conchas. Urquiza reunió en ese sitio sus fuerzas dispuestas para dar la “batalla decisiva”. El 2 de febrero, atravesaron el río de las Conchas y avistaron las fuerzas enemigas inmóviles en Caseros (Sarobe 1962, pp. 479-480). Una vez más, Rosas aguardó pasivamente la ofensiva enemiga:

[...] habiendo desechado la idea del coronel Chilabert de ocupar con el cuerpo de batalla una posición en los arrabales de Buenos Aires, mientras el grueso de la caballería maniobraría sobre la retaguardia del adversario. Tampoco aceptaría Rosas más tarde la propuesta del mismo Chilabert de ocupar las alturas paralelas del arroyo Morón, en vez de las que desde Caeros y el Palomar se dirigen hacia el este, formando un ángulo casi recto con el mencionado arroyo. (Sarobe 1962, p. 480)

El ejército de Urquiza cruzó el arroyo Morón y desplegó la línea de batalla (24.000 hombres) a un kilómetro de las posiciones enemigas (23.000 hombres). En su “juicio crítico”, Sarobe sostuvo que en el comando rosista resultó derrotado –entre otros motivos– por no buscar la ofensiva y por una correcta apreciación de Urquiza acerca de dónde se encontraba el centro de gravedad –el punto débil– del dispositivo enemigo:

Urquiza apreció con certero ojo táctico que hacia el flanco izquierdo del enemigo debía desplazarse, desde un principio, el *centro de gravedad* de la batalla. Ese era el punto débil de aquel dispositivo, no solamente porque no tenía apoyo en el terreno y estaba formado por caballería, desmoralizada con la retirada incesante de los últimos días y que en parte había sido batida en los campos de Álvarez, sino también porque embistiendo y desbordando al enemigo en ese flanco, se contaba con arrojar las divisiones allí batidas sobre las que estaban a retaguardia en reserva, sembrando la confusión y el desorden a la espalda de la posición enemiga. Además, llevando el ataque sobre esa ala, se cortaba desde un principio el camino a Buenos Aires y podíanse esperar grandes frutos de la persecución que se hiciera, ya que el estuario del Plata y la zona pantanosa del río de las Conchas interceptaban la retirada del enemigo hacia el Norte y el Oeste. Ejecutada esta maniobra, cuyo buen éxito no era posible poner en duda, considerada la superioridad en número y en calidad de la caballería de Urquiza, la infantería de la derecha, centro e izquierda de su línea, que hasta entonces habrían distraído la atención del enemigo a su frente con el fuego de sus guerrillas y de sus cañones (ataque demostrativo), avanzarían resueltamente al ataque de los objetivos señalados a cada una, a fin de generalizar el combate y hacerlo decisivo. (Sarobe 1962, p. 483)

El plan de batalla de Urquiza se concretó eficazmente dándole un “triunfo fácil y totalmente decisivo” (Sarobe 1962, p. 485). La infantería y la artillería enemigas quedaron prisioneras sobre el campo de batalla y la caballería huía en diversas direcciones. Rosas se alejó en dirección de Buenos Aires y su ejército fue derrotado. En esta oportunidad, se alcanzó la victoria en una “batalla decisiva” porque el resultado fue el “aniquilamiento” físico y moral de las fuerzas enemigas y el cumplimiento del objetivo político de derrocar al “dictador”.

CONCLUSIONES

Los “historiadores militares” de la primera mitad del siglo xx que analizaron las concepciones estratégicas y tácticas, las campañas, las maniobras, las batallas y los combates

librados en el período colonial y en la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata, Argentina y América del Sur, contribuyeron a la incorporación de esas cuestiones en la *Historia de la Nación Argentina*. Su producción ha sido y es objeto de algunas apropiaciones y más frecuentemente de críticas por parte de la renovación historiográfica sobre la guerra actualmente en curso en los medios académicos universitarios y científicos argentinos. Como historiador y antropólogo que investiga la guerra y las fuerzas de guerra en el siglo XX y XXI, dejo a los colegas especialistas en el siglo XVIII y XIX la evaluación de sus aportes sustantivos al conocimiento de estos temas. Sin embargo, sostengo que su producción historiográfica no puede ser plenamente comprendida si no se la interpreta en sus relaciones con sus concepciones y las experiencias profesionales militares, pues sus intereses como “historiadores militares” gravitaban entre Clío y Marte. ¿Por qué?

Por un lado, porque su producción intelectual no sólo tenía fines historiográficos y no mantenía exclusivamente interlocución con historiadores de la época, sino también –y en algunos casos principalmente– estaba destinada a la formación y el perfeccionamiento de los oficiales de las Fuerzas Armadas, es decir, tenía por objetivo proveer de instrumentos de conducción militar a comandantes, oficiales de Estado Mayor, jefes de unidades y oficiales de subunidades. En este sentido, los “historiadores militares” ponían a disposición de esos oficiales un repertorio de saberes teóricos y prácticos para definir estrategias y tácticas que podían emplear en el planeamiento y la ejecución de operaciones militares en tiempos de paz o de guerra. Y, por otro lado, porque considero que sus concepciones de la “historia militar” estaban informadas por lecturas de estrategia e historiografía militar canónica de su época, especialmente prusiana / alemana (Clausewitz, Moltke, der Goltz, Schlieffen, etc.), y por su educación, perfil y trayectoria profesional como oficiales de las armas del Ejército. Por ello, en este trabajo he hecho foco en el modo en que esa impronta germana se advierte en el empleo que hicieron de dos categorías analíticas clave: la “batalla decisiva” o “principal” y el “aniquilamiento” del enemigo.

Alejandro Rabinovich sostiene que la “historia militar” se configuró en la Argentina del siglo XX como un campo disciplinar principalmente abocado al estudio de campañas, batallas y ejércitos y que –por ello mismo– estuvo al margen de la renovación historiográfica de la segunda mitad del siglo XX. Esta última reconocía en esas temáticas los denostados objetos de estudio de la historiografía tradicional, aquella que los fundadores y herederos de la Escuela de los *Annales* denominaron una “historia acontecimental” centrada en grandes acontecimientos y personajes políticos, diplomáticos y militares. Sin embargo –agrega Rabinovich– y como reverso de lo anterior, para la historiografía académica las campañas, maniobras y batallas “son prácticamente invisibles” (Rabinovich 2017a, p. 14). Por tal motivo, la historia del combate y de los combatientes –con excepción de algunas investigaciones– quedó fuera del foco de atención de esa renovación intelectual.³³

33 Entre esas excepciones, se cuentan las investigaciones de Rabinovich (2013b) sobre los combatientes

De tal modo, en la Argentina, por un lado, una “historia militar” renovada debería afrontar el desafío de inscribir más cabalmente sus análisis sobre estrategia, táctica, campañas, maniobras, batallas y los combates –entre otras cuestiones habitualmente tenidas como específicamente militares– en los contextos o en sus relaciones con acontecimientos, procesos, instituciones, actores y otros fenómenos sociales y culturales expresivos de las sociedades en las cuales se producen las guerras. Y, por otro lado, una “historia social” o “historia cultural de la guerra” debería sobreponerse a los arraigados preconceptos que aún persisten en los medios académicos universitarios y científicos argentinos –especialmente acerca del estudio de las fuerzas militares regulares o de línea, pues no sucede lo mismo con milicias o indios “amigos” o “enemigos”– e incorporar el combate y los combatientes a sus investigaciones holísticas o comprehensivas sobre la guerra.

BIBLIOGRAFÍA

- AUDOIN-ROUZEAU, S., 2008. *Combattre. Une anthropologie historique de la guerre moderne (xixè-xxiè siècle)*. Paris: Seuil. 327 p.
- BARRIERA, D., 2019. *Historia y justicia. Cultura, política y sociedad en el Río de la Plata (Siglos xvi-xix)*. Buenos Aires: Prometeo. 740 p.
- BASSI, J. C., 1961. La expedición libertadora al Alto Perú. En: R. LEVENE (dir.). *Historia de la Nación Argentina*. vol.V, Segunda Sección. Buenos Aires: El Ateneo. pp.155-180.
- BRAGONI, B., 2010. *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la Nación*. Buenos Aires: Sudamericana. 208 p.
- BRAGONI, B., 2019. *San Martín. Una biografía política del Libertador*. Buenos Aires: Edhasa.
- CAMOGLI, P., 2005. *Batallas por la libertad. Todos los combates de la guerra de la independencia*. Buenos Aires: Aguilar. 336 p.
- CATTARUZZA, A. & EUJANIAN, A., 2003. *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*. Buenos Aires: Alianza. 265 p.
- CLAUSEWITZ, C., 2005 [1832]. *De la guerra*. Madrid: La Esfera de los Libros. 740 p.
- CORNUT, H., 2018. *Pensamiento militar en el Ejército Argentino. 1920-1930. La profesionalización, causas y consecuencias*. Buenos Aires: Argentinidad. 306 p.
- DE MARCO, M. A. et al., 2013. *Guerra de la independencia. Una nueva visión*. Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia - Emecé - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 567 p.
- DEVOTO, F. & PAGANO, N., 2009. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana. 475 p.
- DEVOTO, F., 2019. La Academia Nacional de la Historia en sus primeros ochenta años: entre tradición e innovación. *Investigaciones y Ensayos* n° 67, pp. 167-183.

de los ejércitos de línea en las guerras de la independencia y los estudios etnográficos e históricos de Guber (2016), Lorenz (2017), Rodríguez (2020) y Soprano (2019a) sobre los combatientes de la Guerra de Malvinas –menciono apenas un trabajo de cada autor–. Para una obra de síntesis sobre la renovación historiográfica reciente sobre la guerra en los medios universitarios y científicos argentinos: Lorenz 2015. Sobre la inscripción y la participación argentina en la Primera Guerra Mundial desde la historia social y cultural de la guerra e historia global y conectada: Tato 2017. Los diálogos entre quienes producen conocimiento sobre fuerzas de guerra y guerra en el Río de la Plata / Argentina en el siglo xviii-xix y en el xx son infrecuentes; dos artículos rompen con esa tendencia y definen potenciales intercambios: Soprano 2019b y Soprano y Rabinovich 2018.

- DICK, E., 2014. *La profesionalización en el Ejército Argentino (1899-1914)*. Buenos Aires: Academia Nacional de Historia. 576 p.
- DI MEGLIO, G., 2007. La guerra de independencia en la historiografía argentina. En: M. CHUST & J. A. SERRANO (eds.). *Debates sobre las independencias latinoamericanas*. Madrid: AHILA-Iberoamericana-Vervuert. pp. 27-45.
- FERNÁNDEZ VEGA, J., 2005. *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa. 376 p.
- GARAVAGLIA, J. C., 2012. Prólogo. En: J. C. GARAVAGLIA, J. PRO & E. ZIMMERMANN (eds.). *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado. América Latina, siglo XIX*. Rosario: Prohistoria Ediciones - State Building in Latin America. pp. 9-13.
- GARCÍA MOLINA, F., 2010. *La prehistoria del poder militar en la Argentina. La profesionalización, el modelo alemán y la decadencia del régimen oligárquico*. Buenos Aires: Eudeba. 248 p.
- GIRBAL DE BLACHA, N., 1995. La aproximación al cambio, el dinamismo interno y la transición hacia la apertura intelectual. Ramón J. Cárcano (1919-1923) y Martiniano Leguizamón (1923-1927). En: ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, pp. 95-122.
- GOYRET, T., 2000a. La guerra de independencia. En: M. A. DE MARCO (coord.). *Nueva Historia de la Nación Argentina*. vol. IV. Buenos Aires: Planeta. pp. 271-314.
- GOYRET, T., 2000b. Las campañas libertadoras de San Martín. En: M. A. DE MARCO (coord.). *Nueva Historia de la Nación Argentina*. vol. IV. Buenos Aires: Planeta. pp. 315-348.
- GUBER, R. 2016. *Experiencia de halcón. Ni héroes ni kamikazes, pilotos de A4B*. Buenos Aires: Sudamericana. 496 p.
- HALPERIN DONGHI, T. (1978) [1968]. Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815. En: T. HALPERIN DONGHI (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana. pp. 121-158.
- HALPERIN DONGHI, T., 2002 [1972]. *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. 480 p.
- HALPERIN DONGHI, T., 2005 [1982]. *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*. Buenos Aires: Prometeo. 251 p.
- HORNE, J. (ed.), 1997. *State, society and mobilization in Europe during the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press. 292 p.
- HOWARD, M., 1981. The use and abuse of military history. *Parameters*, vol. 11 n° 1, pp. 9-14.
- KEEGAN, J., 2013 [1976]. *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner. 384 p.
- KEEGAN, J., 2014 [1993]. *Historia de la guerra*. Turner: Madrid. 536 p.
- LEVENE, R., 1961. Prólogo. En: R. LEVENE (dir. gral.), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta su organización definitiva en 1862)*, vol. 1. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia - El Ateneo. pp. XXV-XXVII.
- LORENZ, F. (comp.), 2015. *Guerras de la historia argentina*. Buenos Aires: Ariel. 360 p.
- LORENZ, F., 2017. *La llamada. Historia de un rumor de la posguerra de Malvinas*. San Miguel de Tucumán: EDUNT. 316 p.
- LOZA, E. S. F., 1961. Yatasto, Tucumán y Salta. En: R. LEVENE (dir.). *Historia de la Nación Argentina*. vol. V, Segunda Sección. Buenos Aires: El Ateneo. pp. 491-534.
- MOREA, A., 2017. El Ejército Auxiliar del Perú y la revolución en el Río de la Plata. En: J. M. VARGAS (org.). *Belicosas fronteiras. Contribuições recentes sobre política, economia e escravidão em sociedades americanas (século XIX)*. Porto Alegre: Editora Fi. pp. 67-90.
- ORNSTEIN, L., 1957. *El Estudio de la Historia Militar (Base para una metodología)*. Buenos Aires: Círculo Militar. 354 p.
- ORNSTEIN, L., 1961. La expedición libertadora al Paraguay. En: R. LEVENE (dir.). *Historia de la Nación Argentina*, vol. V, Segunda Sección. Buenos Aires: El Ateneo. pp. 181-202.

- ORNSTEIN, L., 1962. La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. San Martín y la Independencia de Chile. – Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú. En: R. LEVENE (dir.). *Historia de la Nación Argentina*, vol.VI, Segunda Sección. Buenos Aires: El Ateneo. pp. 7-110.
- PARET, P., 1991. The new military history. *Parameters*, vol. 21 n° 1, pp. 10-18.
- PARKER, G. (ed.), 2010 [2005]. *Historia de la guerra*. Madrid: Akal. 544 p.
- POLASTRELLI, I. 2020. El general en el banquillo. Guerra y política en los juicios por las derrotas en el Paraguay y el Alto Perú. *Investigaciones y Ensayos*, vol. 70, pp. 1-14.
- QUATTROCCHI-WOISSON, D., 1995. *Los males de la memoria*. *Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé. 391 p.
- RABINOVICH, A., 2013a. *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes. 348 p.
- RABINOVICH, A., 2013b. *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Sudamericana. 216 p.
- RABINOVICH, A., 2014. Primero guerra, luego revolución. Halperin Donghi y el proceso de militarización del Río de la Plata. *Anuario Facultad de Ciencias Humanas*, vol. 11, pp. 1-5.
- RABINOVICH, A., 2017a. *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui, o la derrota de la revolución (1811)*. Buenos Aires: Sudamericana. 283 p.
- RABINOVICH, A., 2017b. Una Independencia, dos caminos. La disputa por la estrategia militar de la Revolución. En: A. RABINOVICH et al., *200 años de la Independencia Argentina: Congreso de la Nación*. Buenos Aires: Honorable Senado de la Nación. pp. 13-50.
- RAVINA, A., 1995. La fundación, el impulso mitrista y la definición de los rasgos institucionales. Bartolomé Mitre (1900-1906) y Enrique Peña (1906-1911). En: ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, pp. 23-59.
- RODRÍGUEZ, A. B., 2020. *Batallas contra los silencios. La posguerra de los combatientes del Apostadero Naval Malvinas (1982-2013)*. La Plata: Universidades Nacionales de La Plata, Misiones y General Sarmiento. 331 p.
- RODRÍGUEZ, L. G. & SOPRANO, G., 2018. De las profesiones liberales y los intelectuales *contra el Estado*, al estudio de los profesionales e intelectuales *de Estado*. En: L. G. RODRÍGUEZ y G. SOPRANO (eds.). *Profesionales e intelectuales de Estado. Análisis de perfiles y trayectorias en la salud pública, la educación y las fuerzas armadas*. Rosario: Prohistoria. pp. 9-68.
- RUIZ MORENO, I., 2005. *Campañas militares argentinas*. Buenos Aires: Emecé. Tomo 1. 522 p.
- RUIZ MORENO, I., 2006. *Campañas militares argentinas*. Buenos Aires: Emecé. Tomo 2. 539 p.
- SAROBÉ, J. M., 1962. Campaña de Caseros. Antecedentes con referencia a la política interna y externa. En: R. LEVENE (dir.). *Historia de la Nación Argentina*. vol. VII, Segunda Sección. Buenos Aires: El Ateneo. pp. 445-486.
- SOPRANO, G., 2019a. *Martín Balza. Un general argentino entre la república y la democracia*. Rosario: Prohistoria. Tomos 1 y 2. 1.330 p.
- SOPRANO, G., 2019b. Fuerzas Armadas, Estado y sociedad en la Argentina de los siglos xx y xxi ¿Qué se puede aprender de una historia social y cultural de los militares y de la guerra en el siglo xix? En: M. I. TATO, A. P. PIRES & L. DALLA FONTANA (coords.). *Guerras del siglo xx. Experiencias y representaciones en perspectiva global*. Rosario: Prohistoria. pp. 13-30.
- SOPRANO, G. & RABINOVICH, A., 2018. Para una historia social de la guerra y los militares en Sudamérica. Perspectivas de historia comparada, conectada y de largo plazo. Siglos xix-xx. *Polhis. Revista Bibliográfica del Programa Interuniversitario de Historia Política*, n° 20, pp. 5-19.
- TATO, M. I., 2017. *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria. 143 p.
- VAN CREVELD, M., 2007 [1991]. *La transformación de la guerra*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Plantié. 327 p.
- VIGO, J. 2005. *Fuego y maniobra. Breve historia del arte táctico*. Buenos Aires: Folgore Ediciones. 383 p.